PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Acción electoral priísta

Si la designación eliminó sus posibilidades de ser candidato a senador, Humberto Lira Mora hizo un mal negocio al aceptar la secretaría de Acción Electoral del PRI, partido al que pertenece hace más de treinta años.

Si la designación eliminó sus posibilidades de ser candidato a senador, Humberto Lira Mora hizo un mal negocio al aceptar la secretaría de acción Electoral del PRI, partido al que pertenece hace más de treinta años. A cambio de un valioso servicio legislativo (lo que puede ser asegurado a la vista de su experiencia como diputado), habría recibido una encomienda especialmente riesgosa para quien, como él, guía su conducta por sólidos principios éticos. Casi siempre, los operadores electorales priístas han tenido que escoger entre la eficacia y la legalidad y han solido optar por la primera.

Por tres razones se entiende que la primera previsión de Ignacio Pichardo Pagaza, flamante secretario general del PRI y coordinador de la campaña presidencial, haya sido a traer de nuevo junto así a Lira Mora. La primera concierne al cargo y a quien lo ocupaba hasta el miércoles pasado. La segunda, estrechamente ligada con la anterior, es la imperiosa necesidad de credibilidad que afecta al partido gubernamental. Y la tercera tiene que ver con la confianza que Pichardo Pagaza y Lira Mora se profesan, recíprocamente.

Amador Rodríguez Lozano era el secretario de acción electoral. Junto con César Augusto Santiago, que lo fue también, pasa por experto electoral, pero su fama estriba en sus actitudes para manipular elecciones. Cuando Genaro Borrego inició su efímero paso por la presidencia priísta advirtió que sólo si Santiago, ahora director adjunto de Pemex, dejaba su cargo, podría conseguir la cuota mínima de credibilidad que su tarea requería. Le costó trabajo, pues Santiago se aferró al cargo, valido del apoyo que desde la Secretaría de Desarrollo Social le brindaba Luis Donaldo Colosio, pero al fin se fue. Lo reemplazó Jorge de la Rosa que también padeció para despedir a Rodríguez Lozano, que se empeñó en seguir siendo subsecretario. No pasó ni un año antes de que éste volviera, y con ascenso, a la oficina de las responsabilidades electorales más directas. Y de nuevo, parecía un sarcasmo que Colosio, o Zedillo, empeñaran su palabra en torno de la transparencia electoral si el operador que hiciera honor a su palabra era Rodríguez Lozano. Separarlo de su cargo era una cuestión de previo y especial pronunciamiento. Y así se ha hecho. Aun si Rodríguez Lozano fuera el alma impoluta que aseguran sus defensores (porque, vive Dios, los hay), su fama pública genera incredulidad y suspicacia.

Y lo que el PRI necesita es ser creído. Yo creo que el principal problema electoral en México es el de la iniquidad, por encima de la transparencia misma. Pero la ausencia de ésta no es una dificultad menor, y es preciso atacarla. Lo requiere el partido gubernamental, que sin duda es capaz de ganar elecciones, pero aun si lo hiciera de modo más escrupuloso posible, enfrenta obstáculos para persuadir de la claridad de sus triunfos. Un operador electoral en estas condiciones debe ser, al mismo tiempo, eficaz y digno de crédito, Lira Mora lo es.

De igual modo que los mecanismos largamente forjados por Pichardo Pagaza lo llevaron a la gubernatura del estado de México, aunque fuera por vía sesgada, ese mismo destino manifiesto de Lira Mora ha de cumplirse. Por lo pronto, estaba de imaginaria. Su trayecto en el servicio público, que ha tenido ramificaciones en la administración local y federal, en la vida partidaria y legislativa, y en la diplomacia, había llegado a una etapa consagrada a la docencia y el estudio. Futuros abogados de las universidades del estado de México, Iberoamericana y Anáhuac tienen la prerrogativa de recibir sus lecciones de derecho constitucional. Y, del otro lado del escritorio, Lira Mora escudriña en el ITAM los enigmas del Tratado de Libre Comercio.

Una semana antes de su muerte, Colosio dijo en Monterrey que no quería avergonzarse ante sus hijos de votos mal habidos. Es seguro que un credo semejante anima, de mucho tiempo atrás, a Lira Mora. Todo está en ver si las inercias, los hábitos dañinos y los intereses creados pueden ser vencidos por la convicción y por la necesidad política vigente hoy. Si no, seguirán reinando en las comarcas electorales del PRI.

El partido gubernamental sin duda es capaz de ganar elecciones, pero aun si lo hiciera de modo más escrupuloso posible, enfrenta obstáculos para persuadir de la claridad de sus triunfos. Un operador electoral en estas condiciones debe ser, al mismo tiempo, eficaz y digno de crédito, Lira Mora lo es.